

versal, Análisis de los Doce Poemas Fundamentales de Pezoa Véliz.

¿Qué significan estas amenazas? Cada una de ellas es tajante. Y lo peor es que no nos dejan la posibilidad de adquirir acciones en el negocio, salvo que su exclusivo poseedor se vea obligado a venderlas a precio ínfimo, como vaticina hace dos mil años el autor de la Epístola a los Pisones, ocurre a quienes hacen promesas estelares sin consultar el alcance de las fuerzas.

El estilo de Undurraga es con frecuencia descuidado y no exento de vulgarismos. En ocasiones resulta excesivo y basto para un ensayista. Por otra parte, la entrada en Pezoa es simple, y el análisis de la obra en la forma que suele hacerlo, huelga.

Los comentarios en torno a la prosa del creador de Nada, y en especial sobre el «Taita» de la Oficina, son adjetivos y primerizos.

En resumen, el trabajo de Undurraga traduce un esfuerzo valioso, pero esencialmente periférico. La valoración de Pezoa exhibe su doncellez con pequeñas máculas, y continuaré provocando los arrestos de las plumas.

«CANTO AL MAR DEL SUR, poema de Jacobo Danke.
Ediciones Barvolento, 1951

Hermosa objetivación editorial, enriquecida por los dibujos de Edmundo Campos.

Oda en ocho cantos rítmicos, onomatopéyicos, como que están escritos en endecasílabos libres, el noble metro y la nobilísima estrofa en que Garcilaso escribe la Epístola a Boscán, y en que Pablo Neruda fragua Entrada a la Madera:

«¡Gigante soledad, insomne coro
del universo, patria de los peces:
Mi corazón navega hacia tu anchura,
coronado de símbolos profundos,
la brújula en perpetuo movimiento!
Alzo la mano y una flor de sal
ilumina el país de mi memoria,
donde tu lengua innumerable canta
las viejas arias de los capitanes
que hoy deshojan la rosa de los vientos
en la azul claridad de tus jardines».

Señorío eufónico, laxitud de resaca, aristocrática melancolía, nostalgia y saudade serena y segura, como la de quien administra los epítetos antiguamente y sabe escuchar el temblor y el brote del lenguaje.

No es el Mar del Sur, sino el mar universo, y sobre todo el mar cultural:

«rey de las arpas que pulsaba Ulises».

Verso absoluto en sentido y en sonido, capaz de empujarnos hacia la leyenda y el mito. Se abate en el mar chileno del norte:

«Padre, pastor heroico de las islas
fiel apacentador de la albacora».

El océano es uno y el mismo. En cualesquiera latitudes puede predicarse:

«Mas tú, dulce flautista ensimismado,
seguirás por los siglos de los siglos
alimentando con tu arpegio errante
los senos de ámbar de la costa eufónica».

Jacobo Danke, artista de cierto y de imposible, canta a un subjetivo océano absoluto en cada una de sus partes. Como Salvador Reyes o Augusto d'Halmar, descubre en el sueño la corporeidad indirecta de las cosas, con que hace poesía.

«LAS CÁBALAS DEL SUEÑO», de *Olga Acevedo*. Editorial Nascimento, 1951

Con fuertes, oportunas y sugestivas ilustraciones de Susana Mardones, publica su séptimo libro Olga Acevedo. En la solapa, el espaldarazo de Gabriela Mistral define el estro de la poetisa de tan cumplida manera que no resistimos al conato de darlo a conocer: «Ud., como yo, quiere mucho a su Buda, pero no suelta la mano de N. S. J. C., y tiene un furioso internacionalismo, pero es sólo Chile lo que rezuma del corazón. A esta Olga «mudadora de moradas», y en verdad clavada en un solo patio, yo me la sigo queriendo. Algún día va Ud. a deshacer algo de la ruta hecha por un tirón criollo, y yo daré algunos pasos adelante. Entonces estaremos juntas y sin discusión literaria ni social. Tal vez este sea su mejor libro y el punto en que Ud. se queda—el último poema—ojalá sea la tónica del libro venidero».

El poema abunda en expresiones felices: «Entro arrebatadamente a tu memoria, como a un pétalo tierno, mojado de sufrimiento» (pág. 15). Alcanza la aristocracia fresca y antigua, del lirismo bíblico en sus más puros remansos; «Deshójame en la sangre aquel rocío grueso de inciensos mágicos... me empiezo a dormir otra vez en tu memoria como la flor en el aire tibio de la noche...»